
UNA REFLEXIÓN SOBRE EL SOCIALISMO ESPAÑOL HOY

Antonio Chazarra y Jesús García Yruela



6

Pasado ya hace algún tiempo el XXX Congreso Federal del PSOE y los congresos provinciales, regionales y de nacionalidad, no será ocioso el detenerse a hacer algunas reflexiones, con el convencimiento de que un partido que no reflexiona, que no ejerce en su interior un permanente debate, analizando y presentando alternativas, no sólo al presente, sino adelantándose al futuro, es un partido muerto.

Y no cabe duda de la necesidad de un partido socialista vivo, imbricado en la sociedad, con capacidad teórica y recursos humanos para liderar a la sociedad española en una dirección inequívocamente socialista.

Y desde esta perspectiva se ha pensado cuanto aquí se escribe, con el deseo de que estas ideas puedan ser debatidas, analizadas, aceptadas o rechazadas. Si algo de esto ocurre, se habrá cubierto casi todo el objetivo de estas líneas.

El realismo como mito

En los meses anteriores al XXX Congreso y en los debates, pudo constatarse, no sin cierta decepción para muchos, que el «realismo» era elevado a la categoría indiscutible de mito.

Recordando a Jost Herbig, conviene insistir en que la utopía hace más referencia a un camino que a un posible estadio final. Es decir, se trata de detenerse a observar el trayecto, la dirección y el punto de destino hacia el que se orienta y por donde camina la acción y la expresión del socialismo español.

En esta perspectiva, son pocos los que niegan ya que donde ha desaparecido el horizonte utópico no hay pensamiento de izquierda: los hombres pasan de ser «el sujeto de la historia» a ser «sujetos históricos».

Desde este punto de vista, no se opone a un pensamiento de izquierdas el hecho de avanzar lentamente si las posibilidades reales impiden hacerlo más deprisa; pero, desde luego, contará con el horizonte utópico la dirección concreta de acciones y expresiones en una línea transformadora. De lo contrario, sin horizonte de izquierdas, puede llegarse a colaborar de hecho en una real ficción consistente en que la estrategia socialista, la metodología y la táctica se separen, e incluso se aparten completamente, del propio referente ideológico del PSOE, que no es otro que su programa máximo.

Indudablemente es relevante plantearse el índice de coherencia o incoherencia que se muestran en las referencias de los socialistas al programa máximo de su partido, toda vez que se hace la reafirmación continua de él, a la vez que se afirma y hasta se reafirma la orfandad teórica del socialismo español. Así surge una permanente contradicción que en no pocos puede empezar a convertirse en la asunción de hábitos de esquizofrenia ordinaria.

El proceso de desideologización del PSOE ha alcanzado cotas que académicamente pueden ser calificadas de serias.

Más en concreto. El programa máximo del PSOE se convierte en un altar en el que arde el fuego sagrado y al que se alude retóricamente y enfáticamente; mientras tanto,

en los niveles prácticos puede llegarse a realizar una política que nada, o muy poco, tiene que ver con los presupuestos o ideas contenidos en dicho programa máximo. En este sentido, también resulta paradójico el hecho de que haya desaparecido de las resoluciones de los congresos su cita textual, aduciendo como razón la seguridad y necesidad de su conocimiento por parte de todos los militantes.

No es difícil oír que el PSOE sufre una excesiva acumulación ideológica. Hoy es fácil comprobar que esto es difícil de mantener. Una afirmación así sería, con toda seguridad, muy controvertida, pues ya pocos dudan que el proceso de desideologización ha alcanzado cotas que académicamente pueden ser calificadas de serias para un partido que se proclama todavía de izquierdas. Tanto es así, que no es fácil responder con prontitud a preguntas del siguiente tenor: ¿cuáles son, en 1985, las señas de identidad del socialismo español?, ¿a quién dirige su mensaje?, ¿cuáles son sus objetivos tácticos prioritarios?, ¿qué intereses intenta servir desde su acción?...

Para responder a la base de estas preguntas habría que referirse a la práctica política y dialéctica del socialismo español actual y, quizá en mayor medida, a las justificaciones y conceptos emergentes en la reflexión de muchos socialistas. Uno de estos conceptos es seguramente el de «realismo».

Este concepto de realismo, como ocurrió anteriormente con el término cambio, se utiliza en una vertiente que tiene más de mágica que de política. Así, «lo real» en el pensamiento y en la expresión de algunos socialistas ha pasado a significar «lo verdadero», «lo auténtico», «lo absoluto» y

lo que, en suma, no admite réplica; pues fuera de ese acatamiento del concepto sólo existen las tinieblas dantescas del «¡abandonad toda esperanza!». Y lo mismo ocurre con conceptos como moderación y responsabilidad, patrimonializados con sentido e intención «realista».

Seguramente que no escapa a muchos el que este planteamiento, que además de mítico es reduccionista, pueda llegar a ser lamentable, dado que vivimos en un entorno marcadamente catafórico donde todo está anticipando alguna cosa.

Y en este sentido quizá se advierte un mensaje conservador que se oculta tras esa constante apelación al «realismo». Es el hecho que, en la historia de la reflexión socialista española, han desaparecido el marxismo, la neutralidad... Desde esta misma historia cabe preguntarse si el socialismo español se mueve o no en un coyunturalismo desideologizado. Y en esta misma dinámica puede entenderse, quizá, la asunción del realismo como un talismán mágico de respuesta, sin saber a ciencia cierta cómo se van a enfocar mañana los problemas políticos, sociales, económicos o culturales. Desde estas arenas movedizas y en este juego por aproximarse más y mejor que nadie a la «realidad presente», nadie sabe si en el futuro será necesario sacrificar algún concepto más, genuinamente socialista.

Nadie puede asegurar que el resultado de esta devoción realista no sea el que los cambios acelerados que la sociedad está ya experimentando —tercera revolución industrial— nos sorprendan desprevenidos.

¿Es posible identificar al socialismo español actual en base a lo que le definió en el pasado? O planteada la pregunta desde otro ángulo: ¿tiene el derecho la sociedad española a esperar planteamientos y pautas para el porvenir en línea con lo que se

considera un partido de clase? No hay que perder de vista que el error sería no sólo estar en trance de perder la herencia transformadora, sino presentar la imagen de renuncia, de hecho, a definir y ordenar las pautas socialistas del futuro. De este modo cada vez son más los que piensan en la necesidad de que los socialistas tengan claro quiénes son, qué modelo de sociedad proclaman y a dónde puede conducir el coyunturalismo desideologizado.

La responsabilidad de los socialistas en el poder democráticamente conseguido no es otro que intentar —y haberlo conseguido para poder hablar de gestión eficaz— la realización del socialismo en la sociedad; en otros términos, una gestión democrática socialista tendría que justificar el poder otorgado por el pueblo para caminar en dirección a la creación de condiciones para la implantación y desarrollo de la utopía socialista.

Y no habría que extrañarse de que, en el camino de cumplir con la responsabilidad de gestión socialista, alguna vez haya que someter la utopía a la realidad; sin embargo, algunas veces no habrá más remedio que someter los componentes de la realidad a la utopía. De no ser así, no podrá hablarse de «la lentitud necesaria en la realización de una política socialista, debido a las concretas dificultades» para lograr una sociedad más justa; por el contrario, habría que hablar, lisa y llanamente, de un cierto reduccionismo mental y/o de un abandonismo a prácticas que nada tendrían que ver con la imaginación socialista en el poder político.

Y es que no es difícil organizar un discurso «realista» para negar la utopía; mas no por ello dejan de existir, tozudamente, las «realidades» que el sistema capitalista genera en el mundo de hoy, tales como la «realidad» de la explotación, la «realidad» de la carrera hacia el egoísmo insolidario donde la competencia se convierte en agujero negro, la «realidad» de la evo-

**Quienes se muestran
contra el sentido socialista
de la utopía luchan a favor
de la inclusión del pesimismo
en el presente.**

lución imparable del capital hacia el monopolio por concentración, la «realidad», en suma, del incremento de la lacra histórica de la desigualdad política, social y económica, generación tras generación.

Seguramente no es ocioso decir que la utopía a que se refiere el socialismo no es un talismán preparado para el espectáculo de la magia, de forma tal que mecánicamente y deterministamente consiguiera la justicia. Es necesario tener el propósito de conseguirla, adecuar los medios y ser respetuosos con la «realidad» tanto de lo que ocurre como de lo que debería ocurrir. Pero cuando los socialistas denominan utópico a todo aquello que significa un paso adelante en la justicia, queriendo significar que es inconseguible y, por tanto, no perseguible, consciente o inconscientemente obstaculizan el camino que el socialismo tiene obligación de recorrer desde su propio origen y en virtud de sus propios referentes teóricos.

Aún sin saberlo, quienes se muestran contra el sentido socialista de la utopía —sean o no socialistas— luchan a favor de la inclusión del pesimismo en el presente, con el ineludible efecto, amplificado y «socializado» por los medios de comunicación social, de brindar una victoria a quienes pretenden negar la esperanza de un futuro creado solidariamente por y para todos.

Socialismo y posmodernidad

Es habitual en escritos actuales y en los medios de comunicación social la reflexión sobre lo que pueda significar la situación de posmodernidad. Y también cabe preguntarse: ¿qué va a aportar el socialismo a la posmodernidad? o ¿qué va a deparar la posmodernidad al socialismo?

Puede entenderse que la posmodernidad, sea o no el término más apropiado, va a deparar un conjunto de situaciones a

Predecir el fin del socialismo con el advenimiento de la posmodernidad es una oscura construcción que confunde malévolamente la realidad con el deseo.

las que todos estamos abocados. No es ocioso, por tanto, hacer un esfuerzo de análisis y reflexión.

Se ha llegado a decir que el socialismo ha sido una ideología, un método de análisis y un corpus de valores con capacidad para resolver los problemas del pasado; pero que seguramente es de dudosa eficacia para acometer el futuro dado su carácter obsoleto. Quien así se expresa está emitiendo un juicio con excesiva precipitación.

Por el contrario, parece que la ideología socialista y sus métodos de análisis tienen la suficiente vigencia, profundidad y seriedad para enfrentarse con éxito a los problemas del presente y, por tanto, del futuro.

Llegar a predecir el fin del socialismo con el advenimiento de la posmodernidad es una oscura construcción que confunde malévolamente la realidad con el deseo, y un histérico grito que pretende cerrar por su cuenta y riesgo un capítulo de la historia. Es una alta muestra de trasnochada frivolidad.

Nadie puede negar que amenazan peligros como el de una sociedad basada en la dominación a través de la técnica o en la endoctrinación institucional; pero esos peligros son evitables si se atajan los efectos combatiendo las causas de raíz. Para ello, desde una perspectiva de clase, los derechos y libertades, que son la esencia del socialismo, deberán ser mantenidos en el centro de la reflexión y acción política. Igualmente desde el socialismo podrá contribuirse a que no se genere una práctica de poder omnímodo del Estado en perjuicio de la conformación social y participativa de la propia sociedad.

Es evidente que en vísperas del siglo XXI no es posible seguir anclados en el XIX. Pero es un error olvidar que el siglo XIX ha pasado, y que tampoco ha pa-

sado en balde lo que va del siglo XX. De ahí que la trayectoria del movimiento obrero y la ideología socialista constituyan dos puntos de referencia imprescindibles para abordar el futuro. Citemos un ejemplo: la lucha de clases continúa hoy plenamente vigente y sólo la niegan quienes desean enmascarar la realidad y vestir al maniqueo del color de sus deseos. Sin embargo, no es menos cierto que, aunque la sociedad de las últimas décadas del siglo XX presenta explotadores y explotados, sí es necesario detectar el nivel de estratificación y complejidad en las clases y en la relación entre ellas. El proceso necesita ser abordado y analizado en conceptos y modelos de hoy y no basta repetir hasta la saciedad textos de libros «sagrados», pues para el socialismo democrático no hay libros sagrados.

Es cierto que existen personas y grupos que no mantienen su antigua solidez en la

concepción transformadora del socialismo. Existen, aún proviniendo de la familia socialista, quienes consideran que el socialismo no es una fuerza con capaci-

dad transformadora y, por tanto, tratan de atemperar los programas y administrar y gestionar sobre modelos sociales de economía de mercado, sin entrar siquiera en la consideración de posibles modificaciones de estructuras sino sólo introduciendo algunos tímidos retoques. De ahí que se haya llegado a decir que una política es socialista porque se denominan socialistas quienes la llevan a cabo. Poco significaría semejante afirmación si no fuera un claro exponente de la incapacidad o clara falta de voluntad para esbozar una política socialista.

Hagamos algunas comprometidas preguntas: ¿Qué futuro tiene delante de sí el socialismo en nuestro país? ¿No sería escaso si siguiera diluyéndose, difuminándose o haciéndose irreconocible a sus propios militantes, simpatizantes y electores? ¿Acaso sería iluso pensar que con las lí-

neas políticas y las decisiones que se han adoptado el factor credibilidad no se vería seriamente dañado, aún cuando en el panorama de las fuerzas políticas ningún partido ni coalición se percibe con capacidad para cuestionar la presencia del partido socialista en el Gobierno? ¿No podría ocurrir que, aún ganando otras elecciones —cosa tan deseable como probable—, el socialismo podría haber perdido cotas quizá irreparables de confianza política?

De una sociedad que votó el cambio ilusionada podría estarse pasando a una situación en la que, a la vez que amplios sectores identifican al partido socialista como la única fuerza capaz de garantizar y vertebrar la democracia, cundiera el desánimo y la decepción o porque se les prometió mucho más o porque esperaban mucho más. Si esto es así existiría un problema de no pequeña envergadura: muchos pueden pensar que se ha establecido una

disociación teórica e incluso práctica entre los conceptos de democracia y consecución de una sociedad socialista.

Mas todavía hay quien entiende que el socialismo es consolidación real de libertad y democracia, pero manteniendo la tensión de su finalidad última: la transformación de las estructuras de la sociedad injusta.

En este sentido, pocos dudan que la modernización general emprendida por el PSOE es necesaria para España. No obstante, el partido hegemónico y eje vertebrador de la democracia quizá debiera afrontar el proceso de modernización de manera que no se confundiera su papel con el de la burguesía histórica española.

Por otra parte, además de que no debería alejarse un juicio sobre la incoherencia intelectual y política que significa la disociación entre lo que se entiende por pensamiento socialista en la historia del pensamiento europeo y las ideas y acciones mostradas en la realidad política concreta

El PSOE quizá debiera afrontar el proceso de modernización de manera que no se confundiera su papel con el de la burguesía histórica.

de los gobiernos socialistas, se hace urgente en nuestro país una reflexión, desde el socialismo del PSOE, sobre la necesidad de que la izquierda se configure teórica y prácticamente como defensora y mantenedora de la aplicación urgente de prácticas políticas que ahonden la justicia y solidaridad para con los sectores a los que el socialismo debe servir.

Retomemos, a estas alturas del discurso, la pregunta que nos viene guiando: ¿Cuál es el futuro del socialismo en nuestro país? Seguramente tenemos derecho a ser optimistas y puede contestarse que es bueno. Pero, para no ser ingenuos, habrá que condicionarlo a que sepa hacer frente a los retos tecnológicos sin perder su identidad y a que aspire, desde las palabras y con los hechos, a una sociedad sin dominación de clase. Mientras se dice que el socialismo ha muerto, prestigiados pensadores formulan rigurosas teorías que abren nuevos caminos de esperanza. La revolución científica y tecnológica va a transformar no sólo la relación hombre-naturaleza y hombre-producción, sino también la relación hombre-conocimientos.

Más en concreto, puede lanzarse la mirada a la realidad del paro, que de coyuntural se está convirtiendo en estructural, para contemplarlo desde nuevas perspectivas que incluyan la reducción de jornada como un hecho objetivo e incontestable. Adam Schaff no dibuja arrebatados ni idílicos cuadros sobre las consecuencias históricas de esta tercera revolución industrial. Pero formula con rigor que el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, claramente en aumento y de forma acelerada, es incompatible —o lo va a ser en poco tiempo— con lo que hasta ahora se ha entendido como propiedad privada de los medios de producción, esto es, con la nueva cara del sistema capitalista.

¿No es ésta una sugestiva teoría que merece un discurso socialista sobre el có-

La humanidad va a vivir transformaciones profundas en las próximas décadas que van a hacer posible la revolución socialista en la posmodernidad.

mo, el método y el ritmo? ¿Es que es impensable que nos encontremos en los umbrales de una nueva era donde la transición al socialismo sea perfectamente posible, si éste es capaz de liderar el proceso o de dar las respuestas adecuadas a la acelerada marcha de los acontecimientos? Nadie duda de que estas transformaciones se van a producir en los próximos veinte años en los países altamente industrializados. De ahí que deba adoptarse como imperativo socialista un esfuerzo intelectual, desde el propio partido socialista, para el esbozo de una certera estrategia.

¿No sería deseable que se abriera sobre estos problemas un debate en el seno del PSOE? Sin duda es un asunto de gran trascendencia, dado el carácter mundial de esta transformación tecnológica —que no política y social—, el diseño claro de objetivos y la elaboración de alternativas con sentido de futuro para no quedar al margen de los acontecimientos.

Lejos, pues, de compartir el pesimismo conservador de quienes vocean el fin del socialismo. Existen datos objetivos que permiten afirmar que la humanidad va a vivir transformaciones profundas en las próximas décadas que van a hacer posible —con la ayuda del pensamiento y los hombres socialistas, eso sí— la revolución socialista en la posmodernidad.

*La crítica al partido
y la crítica en el partido*

En el XXX Congreso Federal del PSOE, y especialmente en la crítica a la gestión de la Comisión Ejecutiva, se han escuchado voces, no sólo de la Izquierda Socialista, que han analizado un aspecto preocupante: la práctica desaparición del partido como referente para la sociedad española, la subordinación de la Comisión Ejecutiva al Gobierno y el apoyo incondicional y acrítico a las medidas coyuntura-

les de éste. A ello había que añadir el vaciamiento del partido en las instituciones, la ausencia de incompatibilidades que ha operado en la práctica en perjuicio de la dedicación a las tareas del partido, y la ausencia de instrumentos de comunicación social para dar a conocer a la sociedad las razones de las decisiones adoptadas y para generar debate en torno a la línea política, estrategia y programa del partido, y en torno a los problemas políticos de candente actualidad.

Un partido como el PSOE ha de mirar mucho más al futuro que al pasado. De ahí la necesidad de iniciar ya ese futuro porque la necesidad de prever y de orientar lo-que-no-ha-sido-nunca todavía define la potencialidad política de una organización fuerte y segura.

El funcionamiento de las corrientes de opinión tras los acuerdos de la Conferencia de Organización y Estatutos, y su posterior aprobación por el Comité Federal, hoy recogidos en las resoluciones del XXX Congreso, ha sido positivo para la recuperación del debate y la revitalización interna del PSOE. Es sabido que Izquierda Socialista considera el sistema de mayoría corregida un paso, y sólo un paso, hacia el reconocimiento de la proporcionalidad al que aspira, acatando escrupulosamente las resoluciones de los congresos, pero formulando la necesidad del voto por delegado en la crítica a la gestión, por ejemplo, o una votación que recoja los porcentajes reales.

Nadie podrá dudar la importancia de la contribución de Izquierda Socialista a que los congresos provinciales, de nacionalidad y de región, y el propio XXX Congreso Federal, hayan constituido un ejemplo de debate vivo, sereno y riguroso. Sin las ponencias de I.S., sus enmiendas y votos particulares, quizá los congresos hubieran discurrido de forma anodina reproduciendo las unanimidades de anteriores ocasio-

nes que proyectaron una imagen muy alejada de un partido participativo con capacidad de debate y con la flexibilidad interna suficiente para integrar mayorías y minorías en su seno.

El funcionamiento de las corrientes de opinión en el PSOE no ha hecho sino iniciar su andadura, pero debe afirmarse que los primeros pasos han sido lo suficientemente positivos como para mejorar y configurar un modelo de partido plural y unido, con respeto y cauces de participación para las minorías y donde hacia dentro todo, absolutamente todo, pueda ser sometido a debate.

Hay quienes, desde dentro, opinan que para que la sociedad española siga manteniendo la confianza en el PSOE hay que empezar inmediatamente a establecer mecanismos correctores sobre la política que se ha llevado a cabo en el pasado. En primer lugar, habría que

**Confundir partido
y Gobierno es un claro
reduccionismo de la acción
del partido y un flaco favor
al Gobierno.**

llevar a la sociedad la idea de que el partido y el Gobierno son instituciones democráticas distintas. Confundir el partido con el Gobierno es, a corto plazo, un claro reduccionismo de la acción del partido, pero al mismo tiempo un flaco favor al Gobierno. La acción y el horizonte del partido han de ser necesariamente más amplios que los del Gobierno, y cuanto más fuerte sea el partido, más implantación tenga y más independencia y autonomía, mejor servicio prestará al Gobierno mientras esté en el poder. El PSOE, obviamente, apoyará al Gobierno socialista porque es un Gobierno salido del partido que obtuvo la confianza del electorado concurriendo a los comicios. El partido debe apoyar, pues, al Gobierno y, por ello, exigirle que cumpla el programa. La sociedad ha de tener claro que el Gobierno es un Gobierno del partido y no puede seguir pensando por más tiempo que el partido es un mero instrumento de apoyo al Gobierno.

Por otra parte, un partido para la transformación social ha de tener objeti-

vos de mucha más envergadura y alcance que los sucesivos programas electorales con los que se concurra a las elecciones; y esos objetivos transformadores ha de llevarlos a la sociedad, sembrarlos para que den fruto; y, a la vez, el partido ha de tener los ojos abiertos y actuar como una esponja para recoger las alternativas, las ideas y los proyectos de colectivos tan llenos de futuro como los pacifistas, ecologistas, feministas, etc., dando a esos proyectos sectoriales un contenido de clase, alternativo y global.

Las posibilidades de afrontar el futuro estarán enormemente mermadas si la sociedad no confía más en el Partido Socialista que en el Gobierno socialista. El partido es el motor que garantiza la continuidad del proyecto socialista, en tanto que el Gobierno ha de afrontar proyectos y programas coyunturales circunscritos a legislaturas de cuatro años y a la lógica alternancia que marquen los resultados electorales y las posteriores alianzas. Además, ha de considerarse que los eventuales errores y torpezas cometidos en la ejecución del programa es el Gobierno quien debe asumirlos, debiendo el partido, en la medida de lo posible, no verse involucrado en las consecuencias y en el desgaste que se derivan del ejercicio del poder.

Debe desearse, sin duda, un partido para la transformación social y no un partido para la mera gestión del poder; pero hay algo más: si se quiere transformar la sociedad no puede limitarse el PSOE a ser una maquinaria electoral que satisfaga los estados de opinión actuales, previamente recogidos en encuestas y sondeos, sino que, con toda la moderación que tiempos difíciles como éstos exigen, debe incluirse en el Programa de Gobierno, pero sobre todo en las resoluciones de partido, aspiraciones y alternativas de claro contenido transformador y que vayan mucho más allá de un pacto con las condiciones sociales existentes. En caso contrario, ¿dónde estaría la vocación transformadora del

partido?, ¿por qué modelo de socialismo estarían apostando los socialistas? Satisfaciendo las demandas de una sociedad en buena medida derechizada, corporativista y desvertebrada; se está haciendo cualquier cosa menos socialismo. Y socialismo es, sin duda, lo que debe hacer el PSOE y no reformismo como objetivo final.

Cada vez es más claro que es preciso dar contenido político a los programas éticos, por la obligación de no defraudar expectativas y de no abandonar el horizonte hacia el que se dirige el socialismo. Lamentablemente suenan ya bastantes voces afirmando que el socialismo del Sur de Europa se muestra, en no pocos aspectos, como una experiencia decepcionante, hasta el punto de que las otrora denostadas socialdemocracias del Norte y Centro de Europa parecen haberse mostrado más serias, más eficaces y con un proyecto más sólido.

¿Es posible reconocer la equivocación? ¿Puede afirmarse que el llamado socialismo de los países del Sur de Europa es un proyecto quebrado? Si la respuesta fuera afirmativa debería intentarse reemprender el camino por otros derroteros. Sería preciso recuperar un sentido de partido de vocación transformadora que aspire por métodos democráticos a realizar la transición a una sociedad pluralista, porque no es concebible un partido que no se plantee como alternativa la necesidad de avanzar hacia un modelo social distinto y alternativo. Hay que afirmar que la meta es esa sociedad solidaria sin la existencia de explotadores y donde los hombre y mujeres sean dueños del fruto de su trabajo. Hacia esa sociedad se puede caminar a un ritmo más rápido o más pausado, pero lo absurdo sería dirigir los pasos en dirección contraria.

**El Gobierno
es un Gobierno de partido,
y no es el partido un mero
instrumento de apoyo
al Gobierno.**

Miremos ahora hacia el interior del PSOE. La militancia es cuantitativamente pequeña y deberían esbozarse campañas

capaces de atraer a nuevos militantes al partido, especialmente trabajadores, mujeres y jóvenes. Dichas campañas deberían tener cierto sentido de la imaginación y conocer los problemas específicos de estos sectores, así como invitarles a sumarse a un proyecto transformador.

Pese a la relación escasamente satisfactoria militantes-votantes, un buen número de los actuales afiliados al PSOE son el resultado de sucesivos aluviones, el último de los cuales tuvo lugar poco después del 29 de octubre de 1982.

Hay quienes, cada vez con mayor insistencia, afirman que a la sombra del poder, primero, y tras el 28 de octubre después, han sido muchos los oportunistas y tráfugas que han llegado no parece que a servir al partido sino a servirse del partido. Más aún, es posible que existan quienes consideren al partido del Gobierno como una oficina de colocaciones y quienes, en clara demostración práctica del principio de Peter's, aspiran a colocar parientes y afines, de un lado, y de otro, a ocupar neuróticamente puestos en las administraciones públicas.

Evidentemente, nadie deberá negar la necesidad de que en cualquier «Administración socialista» se haga valer el principio de la capacidad y fiabilidad políticas para incrementar la presencia del socialismo en las instituciones. Pero pocos serán los que no estén de acuerdo en que a los oportunistas, desideologizados y corruptos hay que desenmascararlos y echarlos, pues con sus trapicheos están mancillando la memoria histórica del socialismo y el prestigio de la propia organización. Sobre esta plaga son muchos los que han escrito palabras plenas de buen juicio, para cuyo enunciado no es preciso aludir a elevados y exquisitos argumentos. Basta dejarse dirigir por el simple dictado del sentido común. Quienes se comporten como negociantes, prevaricadores o corruptos no só-

Si se quiere transformar la sociedad, el PSOE no debe limitarse a ser una maquinaria electoral que satisfaga los estados de opinión.

lo no hacen socialismo sino que simplemente lo arruinan.

Es un valor la disciplina, y con disciplina han de cumplirse y hacerse cumplir los deberes, los programas y resoluciones. Pero el PSOE no será el gran partido que todo socialista desea si la democracia interna no se robustece día a día, si el partido no se abre más a la sociedad o si se configurase un modelo cesarista de dirección donde las órdenes de la cúpula sean en la práctica la ley y donde por negligencia, fervor, carisma, etc., existan hombres y mujeres que acepten esos mandatos a rajatabla y a ciegas aunque en ocasiones vayan contra sus convicciones más profundas. Quizá no es muy aventurado indicar que en algún tema de política internacional han podido ocurrir, tanto en el Pre-Congreso como en el XXX Congreso Federal, muchos desgarros producidos por la disociación entre las propias convicciones y la obediencia al líder, cuyas consecuencias últimas sería pronto aún evaluar.

Nadie pone en duda que resulta imprescindible el que exista una formación sólida en el seno del PSOE. Desde aquí, y con la mirada puesta en el futuro, no es válido dejar de leer a los clásicos del socialismo, porque sus enseñanzas siguen siendo fecundas. Sólo desde la frivolidad más vacía o desde la ignorancia más pertinaz se podría defender de hecho o negligentemente permitir que no se difunda y se debata en el interior de un partido como el PSOE el pensamiento de K. Marx, F. Engels, Pablo Iglesias, Besteiro, Largo Caballero, Araquistáin, Zugazagoitia, y de tantos otros, ampliando esos debates con los temas de mayor actualidad como la revolución tecnológica y sus consecuencias, la reconversión industrial, los medios de comunicación y su control, las nuevas formas de alienación, etc.; y junto a éstos, temas municipales, sectoriales de educación, sanidad... en cuya gestión está el partido implicado. Las finalidades son claras. En primer lugar, para que los mili-

tantes socialistas estén mejor y más críticamente preparados para defender al partido, al socialismo, en cuantos foros sean necesarios; en segundo lugar, para preparar a los militantes políticamente con vistas a la gestión socialista de la realidad pública, así como para la participación en movimientos vecinales, culturales, APAS, etc., recuperando la necesidad y el placer del debate, de un lado, y, de otro, la ilusión porque el partido sea una auténtica escuela de formación.

En otro orden de cosas, quizá deberían mejorar los canales de información interna, pues es un signo preocupante el que los militantes sólo puedan enterarse de las noticias relativas al partido y a las posiciones políticas del PSOE exclusivamente por la prensa. Los boletines de las federaciones, y *El Socialista*, quizá también podrían pasar a ser un instrumento operativo y eficaz al servicio de la dinamización interna y de la proyección externa del PSOE. Ahí pueden abrirse debates en los que sería realidad la participación abierta continua, tal y como sucede en las tribunas durante los períodos pre-congresuales socialistas.

En no pocas ocasiones se habla de que las Casas del Pueblo languidecen con una vida mortecina. ¿Por qué? Seguramente porque no se ofrece tarea política a los militantes. Da la impresión de que los recursos humanos del partido están clamorosamente desaprovechados. También se podría incrementar la ayuda y prestar más atención a las campañas y acción política que está desarrollando Juventudes Socialistas, quienes, por sólo mérito propio, están encontrando cada vez más eco en determinados sectores de la opinión pública.

Nos hemos referido más arriba a la posible o pretendida orfandad teórica del socialismo español; pero, huyendo de las recetas, hay que insistir en la labor terapéutica del esfuerzo, del trabajo y del debate, de la expresión oral y escrita, de las opiniones y del respeto a las minorías.

Fue Rosa Luxemburgo quien dijo que la libertad es el derecho de las minorías a defender sus opiniones. Y, desde luego, sin libertad de expresión de todos están las demás libertades claramente amenazadas. También parece clara la necesidad de volver a los clásicos, sin cuyo conocimiento y asimilación de ideología la aportación del socialismo a la posmodernidad será seguramente baldía. F. Engels, en carta a Bebel, en noviembre de 1892, formula unas ideas no sólo actuales sino que van más allá de la práctica de los propios partidos socialistas europeos y de los partidos que alguien, con cierto sentido del humor, ha calificado de pertenecientes al proto-socialismo: «Es absolutamente necesario que tengáis en el partido una prensa que no sea directamente dependiente ni de la dirección ni siquiera del Congreso del partido; es decir, una prensa que esté en condiciones, incluso, de criticar libremente, dentro de límites admisibles para el partido, la propia táctica y el propio programa».

Hoy asistimos al espectáculo de ver cómo es la izquierda la que intenta apoderarse de símbolos, ideas y referencias acuñados por la derecha.

Antonio Machado, quizá en uno de sus pensamientos más lúcidos, hablaba de que hoy es siempre todavía; y todavía se está a tiempo de practicar la herencia de los clásicos sin renunciar a imaginar respuestas actuales a problemas actuales.

Otra carta de F. Engels a G. Trier, en diciembre de 1889, pone el dedo en la llaga sobre el ejercicio de la crítica. Sin libertad de crítica el socialismo es realmente imposible. A este respecto, en esa carta, escribe Engels: «La vida y el desarrollo de cada partido son en sí tales que en su seno aparecen tendencias más moderadas y más extremas que se combaten mutuamente; si alguna de ellas excluye a las más extremas no consigue más que acelerar su crecimiento. El movimiento obrero se basa en la crítica más acerada a la sociedad existente; la crítica es el elemento vital de este movimiento. Si eso es así, ¿cómo puede él mismo sustraerse a la crítica, buscar la prohibición de la discusión?,

¿exigimos a los demás que nos otorguen libertad de palabra y la aboliremos en nuestras propias filas?».

La cultura de izquierdas

El PSOE es heredero de una cultura de izquierdas. La derecha, de hecho, ha vivido al menos ciento cincuenta años apoderándose de ideas, banderas y símbolos de esa cultura de izquierdas para construir una parafernalia, aparentemente atractiva, que ocultase su insolidaria defensa de intereses y su explotación, no por más refinada menos burda. Pues bien, paradójicamente, con honrosas excepciones, muchos intelectuales que deberían reclamar-se de esa cultura de izquierdas parecen haberse olvidado de ella. Y hoy asistimos al esperpéntico espectáculo de ver cómo es la izquierda la que intenta apoderarse de símbolos, ideas y referentes acuñados por la derecha. El resultado es la confusión y la pérdida de horizonte.

El abandono de esa cultura de izquierdas ha arrojado a algunos a un vacío teórico en medio del cual, irremediablemente, naufragan. ¿Quién pone orden en este desconcierto? Los hechos son tales, que hemos descubierto que se puede ser pacifista en el interior de la OTAN, internacionalistas estando en buenas relaciones con los «contras» nicaragüenses, y hasta generadores de empleo a través de los canales de la economía sumergida...

En este contexto, si a alguien se le ocurriera afirmar que es revolucionario, podría dar un susto mortal a socialistas que han encontrado en el progresismo la nueva doctrina redentora y el saber soteriológico que consolida, cual bálsamo de fierabrás, democracias y que, por si fuera poco, moderniza. Pero que tenga que ver este progresismo interclasista con el socialismo es otra triste paradoja más.

Sin pretender, ni

mucho menos, realizar un análisis exhaustivo del amplio y pregonante concepto de lo que en la actualidad se entiende por «cultura de izquierdas», esbozamos, en un esfuerzo de síntesis, algunos aspectos que consideramos claves y representativos para entender la necesidad de la lucha por la justicia en las sociedades actuales, que a nuestro juicio conforman el haz de referentes que definen un planteamiento ideológico-cultural de izquierdas.

¿Acaso ha desaparecido la explotación en nuestra sociedad? Si la explotación no ha desaparecido sigue vigente la lucha de clases, aunque haya que adecuar la reflexión de sus contenidos a nuevas situaciones para las que no son válidas recetas decimonónicas. De todos es conocida la importancia del lenguaje en relación a la expresión del conocimiento, y la relación intrínseca existente entre lenguaje y pensamiento. Wittgenstein, en su libro *Sobre la certidumbre*, ha puntualizado que los juegos del lenguaje cambian con el tiempo en una dimensión catafórica. En estas mismas coordenadas y parámetros se sitúan el esfuerzo encomiable de Habermas en *La reconstrucción del materialismo histórico* de reconstruir, adaptándose a las nuevas necesidades, el materialismo histórico desde una perspectiva simbólico-comunicacional. Es necesario adaptarse a los tiempos modernos y posmodernos, pero sin despojarse irresponsablemente del patrimonio de miles de hombres y mujeres que han dedicado su capacidad intelectual, su esfuerzo y su vida a avanzar hacia una sociedad socialista.

Si existe plusvalía, y si la plusvalía le es arrebatada al trabajador manual o intelectual, ningún liberalismo, ninguna ideología que pretenda perpetuar este estado de cosas, merece otra actitud que una contestación contundente desde una posición socialista.

**El socialismo tendrá
que arbitrar el esfuerzo por
desactivar el intento conservador
de ahondar diferencias culturales
para perpetuar las desigualdades.**

Si los socialistas son herederos de esa cultura de izquierdas estarán presentes en

las manifestaciones pacifistas, denunciarán al invasor de cualquier país o el minado a aguas territoriales propias. No se olvidará citar a ningún invasor ni agresor. Los herederos de una cultura de izquierdas son neutralistas, anti-imperialistas y, por ello, antibloques.

La cultura de izquierdas hará reflexionar, asimismo, a los sindicatos. Si quieren ser fuertes y potentes, consolidar la democracia y defender los intereses de los trabajadores, tendrán que mantener con fuerza su independencia.

La cultura de izquierdas, que no sólo es heredera del legado de Marx y Engels sino que también engloba, por ejemplo, los postulados del Manifiesto Russell-Einstein, junto a las aportaciones de todos los teóricos socialistas del pasado y presente, considera hoy como una prioridad la lucha por la paz y el desarme. Todos aquéllos que se sienten portavoces y miembros de la cultura de izquierdas asumen un discurso opuesto a los bloques militares, y son plenamente conscientes de a dónde conduce la estrategia de la disuasión por el terror, del incremento desconsiderado de los presupuestos de defensa, de las industrias directa o indirectamente ligadas a la fabricación de armamento y de su exportación, y también del significado de los riesgos y amenazas nucleares que para nuestro país comporta la permanencia en un bloque militar.

Desde una visión de izquierdas es preciso observar que el ocio se convierte en un espacio conflictivo y problemático de la sociedad posindustrial, donde hunden sus raíces las industrias de la comunicación

social (cine, radio, prensa, televisión, libros, discos, etc.), hasta llegar a constituirse en el eje de la tecnocultura contemporánea, con las secuelas posibles de deshumanización y alienación.

Una cultura de izquierdas deberá posicionarse frente a la relación hombre-electrónica. La antropotrónica tendrá que contemplar en el futuro las nuevas dimensiones de la relación hombre-trabajo-ocio, desde la perspectiva tanto del uso de la tecnología como la de salvaguarda de la capacidad de creación humana y del disfrute por parte de todos de los avances técnicos. De tal manera que, a modo de ejemplo, habrá que contar con el televisor como célula activa de la sociedad telemática.

A todo ello el socialismo deberá naturalmente dirigir su sentido de transformación social para conseguir, desde la sociedad de la informática y telemática, la participación real de los ciudadanos en la creación de un modelo social liberador y desalienado; de igual forma, desde una posición de izquierdas, el socialismo tendrá que arbitrar el esfuerzo por desactivar el intento conservador de ahondar diferencias culturales para perpetuar las desigualdades.

La reflexión que contienen estas páginas es una adaptación, para ser publicada en *Leviatán*, del documento interno de la corriente de opinión del PSOE, Izquierda Socialista, que, con el título de «El socialismo que defendemos y el socialismo al que aspiramos», fue asumido por los integrantes de I.S. de Madrid. Quienes firman estas páginas fueron los coordinadores del amplio equipo de redacción que colaboró en su elaboración.